

LA CRISIS DEL SOCIALISMO REAL. SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS ENTRE LAS DISIDENCIAS DEL BLOQUE DEL ESTE

Dolores Ferrero Blanco

Universidad de Huelva, Spain. E-mail: ferrero@uhu.es

Recibido: 30 Mayo 2006 / Revisado: 27 Junio 2006 / Aceptado: 30 Junio 2006 / Publicación Online: 15 Octubre 2006

Resumen: Este artículo trata de las causas de la crisis del *socialismo real* en los países de Europa Centro-Oriental y las disidencias que surgieron frente al “modelo soviético”. En él se analizan la diversidad de sus orígenes y fundamentos teóricos; las alternativas políticas y socioeconómicas que pretendieron implantar y, finalmente, las consecuencias que se derivaron de los diferentes movimientos insurreccionales.

Palabras Clave: socialismo real, modelo soviético, consejos, partidos políticos, descentralización económica.

INTRODUCCIÓN

A partir de la Segunda Guerra Mundial, el reparto de zonas de influencia de Yalta había delimitado una parte de Europa tutelada por los EE.UU. y otra por la URSS.

Cada una de las grandes potencias puso condiciones en su zona y, del mismo modo que en Europa Occidental no se permitió por los EE.UU. que ningún comunista accediera a un Ejecutivo -si se pretendía ser objeto de la ayuda Marshall- en Europa Centro-Oriental, la URSS tampoco permitió que ningún país del bloque del Este aceptara esa ayuda que, en un principio, se había ofrecido a toda Europa. La URSS envió a los países del Este su propia ayuda, pero la desproporción era manifiesta y mientras en Europa Occidental se había logrado el nivel de preguerra en tres años, en la URSS, y en Europa centro oriental se tardó entre cinco y veinte años y en algunos países nunca se logró. A esta situación se sumaría poco después la imposición de regímenes calcados de la URSS, y la pobreza y sufrimientos de la población fueron alimentando un creciente malestar y rebeliones más o menos intensas desde un principio¹.

El *modelo soviético* que se impuso en el bloque del Este a partir de 1948-1949, fue el esquema socio-político y económico que, con escasas e irrelevantes modificaciones en los diferentes países, conformaría el sistema que se conoció en esa parte de Europa como *socialismo real*. Andando el tiempo fue muy cuestionado y, aunque cada país le imprimió su propio sello, los objetivos fueron sustancialmente comunes: la necesidad de encontrar caminos propios hacia el socialismo y de expresar el rechazo a un modelo impuesto desde la URSS, que homogeneizaba al área y no había tenido en cuenta ni sus condiciones ni su historia anterior. También las razones que motivaron dichos movimientos disidentes fueron distintas en cada caso, pero igualmente contaron con elementos comunes, de los cuales, dos de los más significativos fueron: la evolución ideológica interna de los propios partidos y el descontento socioeconómico generalizado de la población.

Con referencia a la primera cuestión, la evolución ideológica interna de los partidos, la consecuencia inmediata fue el enfrentamiento de esos sectores con la ortodoxia soviética, en una situación política distinta en cada caso, en una época diferente y con distintos presidentes: Tito, en Yugoslavia, en la época de Stalin, en 1948; Nagy, en Hungría, en la de Jrushchov, en 1956 y Dubcek, en Checoslovaquia, en la de Breznév, en 1968. Pero en los tres casos, el modelo fue tambaleándose y quedó seriamente dañado hasta que, tras la crisis energética de la década de 1970, empezaría a desmoronarse para terminar en la etapa que se inició con el ascenso al poder de Gorbachov, en 1985.

Si atendemos a la segunda cuestión, el descontento socioeconómico generalizado, éste fue un problema de muy difícil resolución

porque el estalinismo dio lugar a unas condiciones de vida cotidiana de extrema dureza que vinieron a intensificar un conjunto de debilidades estructurales, que ya existían, pero que empeoraron con la implantación de la economía planificada.

Las reformas que diseñaron los distintos movimientos disidentes, trataron de paliar las carencias de las más variadas formas, según los países, pero coincidiendo en algunos aspectos: todos buscaron modos de autogestión económica y en todos emergió una forma de organización particular del momento, los “consejos”, como herencia de la heterodoxia luxemburguista del período de Entreguerras. Esa realidad respondía a una aspiración profunda de los sectores reformistas de los partidos comunistas, y de otros sectores, más o menos amplios de la población que los seguían, de alcanzar un “verdadero socialismo”, es decir, de socializar el poder y no sólo estatizarlo, y ejercer mediante esos “consejos” una verdadera participación y control de los órganos de poder.

Ese elemento, teóricamente ideal, el “consejo”, que hoy quizá traduciríamos por “comisión” o “comité” -si estuviera dotado de verdadera capacidad de decisión y de control- fue generalizándose en los proyectos de reforma del mundo laboral, fundamentalmente en las fábricas, pero no se limitó a ellas sino que ocupó una gran diversidad de facetas de la vida cívica como veremos más adelante sobre todo en Hungría.

No obstante, aunque desde su implantación fueron éstos los puntos de discrepancia más importantes, es necesario analizar los antecedentes próximos, la historia anterior a la formación de los dos bloques porque la Europa del Oriental, tras los Tratados de Versalles, nace ya con dificultades “extras” respecto a Europa Occidental. Pero no sólo empieza su desventaja a partir de la delimitación geográfica que ahora conocemos, sino que, tal como nos han mostrado F. Mauro (1980), G. Frank (1980), Maddalena (1985), Pach (1980) o C. M. Cipolla (1979), para la Edad Moderna Europea, o los autores que actualmente estudian las transiciones a la democracia en Europa del Este, como A. Janos (1995) o A. Agg (1995) entre otros, que se han detenido en buscar diferencias y semejanzas entre ambas partes de Europa, es indiscutible que las dificultades eran muy anteriores y que las diferencias entre las dos “Europas” fueron mayores que las semejanzas.

Así pues, cuando se profundiza en sus historias, se desmitifica bastante la “casa común” y se aprecia más realísticamente la existencia de “dos casas” conformadas por su muy diversa trayectoria anterior

1. LOS PROBLEMAS DEL ESTE DE EUROPA ANTERIORES A LA IMPOSICIÓN DEL MODELO SOVIÉTICO

Si nos proponemos un repaso histórico, al menos desde 1918, desde el Tratado de Versalles, el Este europeo, desde su nacimiento, tras la derrota del Imperio Austrohúngaro, no hizo más que ir acumulando problemas hasta la Segunda Guerra Mundial: unos, internos y estructurales, que fueron agravados por la guerra y a los que se dieron soluciones muy deficientes, y otros propios del período de Entreguerras causados tanto por el “crac” de 1929 como por la posterior política hitleriana.

1.1. Los problemas internos y estructurales agravados por la Primera Guerra Mundial

Con la derrota de los Imperios Austro-Húngaro y Turco en la Primera Guerra Mundial y por las disposiciones territoriales de Versalles, emergieron una serie de países como resultado de la desintegración de esos Imperios, parte de los cuales serían los que más tarde se constituirían la Europa Centro-Oriental. Debemos a los estudios de D. Aldcroft (1970) Mitrany (1936) y H. Arendt (1963) la aclaración de que no fue el mayor perjuicio el producido por los acuerdos territoriales -ya que algunos perdieron extensión, pero otros salieron ganando- sino los desajustes económicos que dichos acuerdos territoriales provocaron: la quiebra de anteriores pautas comerciales, la separación de ramas de la misma industria, ahora en diferentes países, las nuevas fronteras y nuevos sistemas de legislación, aduanas y monedas y, finalmente, lugares empobrecidos, desprovistos de sus anteriores materias primas. A toda esa larga serie de problemas se les procuraron soluciones muy deficientes: se crearon unidades económicas nuevas a partir de los restos de los viejos Imperios que fueron terreno abonado para futuras próximas corrientes nacionalistas de consecuencias fatales más adelante e implicaron de modo muy importante a los Estados, lo que sería un peligroso precedente. Se emprendieron reformas agrarias en unas explotaciones extensivas y de escasísimo rendimiento, pero que no fueron racionales y no solventaron los problemas del

mundo rural y, por último, la ayuda estadounidense fue insuficiente y discriminatoria respecto a Europa Occidental. Los préstamos concedidos no lograron más que incrementar la deuda externa.

1.2. Los problemas surgidos en el período de Entreguerras

Otro conjunto de dificultades se pusieron de manifiesto desde 1929 a 1934, prioritariamente de dos tipos: de una parte, las provocadas por el “crac” de 1929, que afectó más intensamente a los países que habían empezado a despegar industrialmente, como Checoslovaquia -que ya en esa fecha contaba con el 70% de sus exportaciones dedicadas a la industria-, Yugoslavia o Polonia, que seguían a la anterior en desarrollo.

De otra parte, la política desplegada por la Alemania hitleriana en el Este europeo, que causó perjuicios a los países industriales por la proliferación de “acuerdos de clearing” con la Alemania de Hitler, dado que, si bien en un primer momento estimularon sus exportaciones, crearon después una relación económica abusiva ya que Alemania sólo les compraba si les dictaba los precios. Por añadidura, con esos beneficios se financió el rearme alemán, amén de ser también la vía de penetración política, que tantos sinsabores causaría al poco tiempo.

A los países agrarios, que en 1929 eran todos los demás, les repercutió también negativamente la relación económica con Alemania hasta el punto de que los precios de sus productos bajaron en esos años hasta un 50%.

En conclusión, los países que hoy conocemos como Europa Centro-Oriental, al terminar la Primera Guerra Mundial, en su “nacimiento”, habían quedado ya por detrás de Europa Occidental y empeoraron todavía más en el período de Entreguerras.

Fue en esas circunstancias cuando sobrevino la Segunda Guerra Mundial y después, por formar parte de la zona liberada por el ejército Rojo, todos pasaron a tener gobiernos a imitación del modelo soviético entre 1948 y 1949. S. Payne (1987) llega a afirmar que fue el 25 de febrero de 1948, cuando el partido comunista tomó el poder en Checoslovaquia en un “golpe de estado incruento,” cuando se polarizaron definitivamente las relaciones internacionales.

2. LA CONFORMACIÓN DEL “MODELO SOVIÉTICO”: UNA SÍNTESIS DE INFLUENCIAS

El modelo que se impuso en el Este de Europa, importado directamente de la URSS, no dio la menor opción a las adaptaciones naturales que cada país hubiera deseado llevar a cabo en su territorio. El origen de todo el sistema que se extendería por la mitad de Europa desde 1948-49, había sido la Revolución Rusa de 1917. Por ello es imprescindible analizar, siquiera brevemente, qué planteamientos tuvo esa revolución y qué modelo socioeconómico cristalizó finalmente, para entender qué sistemas políticos se implantaron en la mitad oriental de Europa: el denominado *socialismo real*.

La revolución rusa de 1917 no fue ajena a uno de los rasgos propios de toda revolución que, aunque aparentemente sea radical e inesperada, siempre tiene raíces muy profundas en su pasado y no sólo es incomprensible sin conocer la etapa anterior más inmediata, sino que los antecedentes más remotos al estallido revolucionario son los que configuran finalmente su perfil y sus características. Es, desde luego, un cambio de estructuras, pero el nuevo edificio conserva una parte de los viejos ladrillos que, con el acervo del país o región en donde tiene lugar, da a luz una estructura nueva, pero impregnada de elementos del pasado. Y esta consideración es fundamental para la comprensión del *modelo soviético* y de su surgimiento y notas distintivas.

La revolución rusa de 1917 supuso la caída del Antiguo Régimen en la Rusia zarista, pero no es identificable a la revolución francesa que terminaría con él en Occidente. Si ambas tuvieron en común el objetivo de derribar un poder absolutista, mientras que la revolución francesa se consideró finalizada cuando la burguesía logró un triunfo ya estable, la revolución rusa sólo sigue un paralelismo con la anterior hasta la llegada al poder del gobierno Kerenski. A partir de ese momento, ambos procesos se separan y, desde octubre de 1917 en que se radicaliza el movimiento en Rusia con el golpe de estado de los bolcheviques, ya no habrá una vuelta atrás como ocurrió en la reacción thermidoriana francesa. En Rusia se perseguirá un paso más y se querrá implantar el “estado proletario” o “dictadura del proletariado”, en un afán de superar lo que sus protagonistas habían considerado limitados objetivos burgueses de la revolución francesa. Ahora bien: ese estado

proletario en Rusia era literalmente una ficción porque excepto algunas ciudades como Moscú, San Petesburgo y Kiev, que tenían una importante industrialización, el resto de tan inmenso país era una extensión rural que parecía no tener fin. Por lo tanto, como el “proletariado” no existía en forma mayoritaria, los actores del cambio se tuvieron que plantear de inmediato dos medidas: el logro con la mayor rapidez posible de una industrialización vertiginosa para llegar a conseguir ese estatus, y la activación de un aparato propagandístico que difundiera la idea de que al proletariado lo representaba el partido, por lo que la “dictadura del proletariado” se identificó con la “dictadura del partido comunista”. Una vez asimilada la identidad de los dos términos, era sencillo presentar al partido como la vanguardia de la clase proletaria y como dirigente de la sociedad.

Por otra parte, sin embargo, era del todo deseable -según las tesis de Lenin y Stalin- hacer un gigantesco esfuerzo de industrialización acelerada puesto que, para llegar al socialismo, había que pasar una etapa previa de capitalismo, según la concepción marxista ortodoxa de las necesarias fases de la Historia, para lo que se propició una artificial “revolución industrial” como la producida en Occidente². Ello obligó a incentivar especialmente la industria pesada y a desatender las industrias ligeras o de consumo, lo que endurecería la vida, agravaría las carencias y acentuaría progresivamente el descontento de la población. Así pues, el modelo que se implantó tuvo las siguientes características: una hipervaloración de la industria pesada, la colectivización forzosa del campo y la preeminencia del partido comunista como partido único. Pero cada una de esas piezas estaba firmemente incrustada en el pasado.

a) La implantación de la industria pesada fue un objetivo prioritario porque Rusia, desde siglos atrás, había admirado en muchas facetas a Occidente y en ese ámbito, tras el sistema colonial, la acumulación de capital se había invertido en la revolución industrial comenzando por la industria siderúrgica. En Rusia, los zares, en esa imitación, habían favorecido la industria, pero con la diferencia de que allí no había sido fruto de una acumulación de capital privado, sino del capital del Estado zarista y, con frecuencia, endeudándose con el extranjero. Ésa sería también una causa de la dilatada permanencia del absolutismo en Rusia, pues no hubo una burguesía que se hubiera

enriquecido y que terminara enfrentándose al zarismo. No se había industrializado con capital privado por lo que los zares no “debían nada” a sus súbditos.

El origen de esa incipiente industrialización provenía del último tercio del siglo XIX, en la etapa conocida en Occidente como “Imperialismo”. Entonces, Europa había invertido en Rusia en ferrocarriles, minas y fábricas, pero la relación de Rusia con Europa era la de “colonia-metrópoli”: Rusia exportaba sólo materias primas e importaba maquinaria y productos manufacturados, por lo que desde 1917 deseó obtener una independencia económica y producir en su interior industria pesada. Así, el Estado comenzó a concebir una industria sumamente concentrada en fábricas de gran dimensión, de más de 500 obreros, mientras el débil empresariado era en ese momento incapaz de protagonizar una revolución industrial. Fue fácil, por tanto, después del triunfo bolchevique, prolongar en el nuevo orden social esos enormes complejos industriales de propiedad estatal. Eran ya una tradición que venía de la etapa zarista.

b) La colectivización agraria forzosa también tenía tras de sí una tradición que fue muy influyente en el “modelo soviético”. En Rusia, durante el antiguo Régimen, los campesinos, que eran los 4/5 de la población, estaban en unas condiciones más comparables a la semiesclavitud que a la relación feudal-paternalista en que habían vivido en Occidente. Cuando se produjo la liberación de los siervos en 1861, no se dieron unas “desamortizaciones” o proceso similar como en sus homólogos de Occidente, que permitieran a algunos campesinos comprar siquiera alguna parcela de tierra y convertir a parte del campesinado en pequeños propietarios. En Rusia, las tierras se distribuyeron en dos grupos, la mitad para los antiguos señores y la otra mitad para los siervos, pero con la condición de que las tierras debían ser explotadas en forma colectiva. Además, para abandonar la servidumbre, los campesinos debieron pagar tanto al Estado, como a sus antiguos señores su emancipación, también en forma colectiva, lo que se hizo a través del organismo directivo de las comunas rurales en donde se organizaron para vivir y trabajar. La comuna rural u *obschina* había sido el modelo de organización rural que había agrupado a las ¾ partes de la tierra cultivable rusa y el *Mir* había sido su órgano director. El *Mir* pagaba a los señores y al Estado mediante el dinero que

recaudaba en forma de impuestos y, con esos impuestos, el Estado ruso amortizaba los intereses de los préstamos de Occidente. Los pagos, por tanto, se hacían en conjunto y, si no se recaudaba lo acordado, el *Mir* podía exigir trabajo extra a la *obschina* o asamblea rural³. Nuevamente, como vemos, la tradición zarista aportaba también en el campo la forma colectiva de organización.

Con esas premisas básicas, podemos comprobar que el *modelo soviético* que finalmente se implantó fue producto de una síntesis de influencias: en su versión económica, tenía rasgos zaristas, como la colectivización de la propiedad que nunca antes había sido individual y rasgos capitalistas, como el objetivo de la aceleración industrial que llegaría a cristalizar en un “capitalismo de Estado” y con un pueblo asalariado que trabajaba en las inmensas fábricas estatales y con unos directores “empresarios” muy particulares porque ni eran propietarios, ni decidían sobre las inversiones, ni exigían rendimientos de trabajo a sus obreros. Así se dio una estatalización de la propiedad, pero no una socialización. Y lo mismo ocurrió en la vertiente política: los bolcheviques trasladaron al Estado la estructura jerárquica que habían tenido en la clandestinidad y, desde 1922, los partidos no comunistas fueron ilegalizados. El partido comunista quedó como partido único y se abandonó toda tendencia hacia una evolución democrática y pluripartidista. Más tarde y, pese al descontento de quienes lo sufrían, la rigidez de la concepción con la que se sentaron los cimientos del sistema y la falta total de autocrítica, les impidió evolucionar y responder favorablemente a los inevitables intentos de apertura del sector europeo del “Imperio”, el bloque del Este. Y esa inflexibilidad fue, en último término, la que le produciría a la postre grietas tan profundas que irían socavando internamente el “modelo” hasta su caída final.

3. SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS ENTRE LAS DISIDENCIAS DEL BLOQUE DEL ESTE

Para poder resaltar algunos de los rasgos más singulares de cada uno de los primeros movimientos de oposición que se dieron durante la guerra fría -la ruptura yugoslava de Tito con Stalin, de 1948, la revuelta polaca de 1956, la revolución húngara de 1956 y la Primavera de Praga de 1968- y poder establecer una comparación entre ellos, es conveniente tratar

por separado sus más relevantes aspectos: el origen de las discrepancias y sus reivindicaciones, las realizaciones prácticas y las consecuencias.

3.1. El origen de las primeras discrepancias frente a la URSS

a) Yugoslavia

La instauración del sistema soviético en Yugoslavia fue excepcional. Josip Broz, Tito, no llegó al poder por una revolución popular contra ningún régimen prosoviético anterior como el resto de los países del Este -pues ni existía aún el futuro bloque- ni tuvo nada que ver con una imposición soviética como sería después el método generalmente empleado, sino que había ascendido a su cargo en virtud de un liderazgo indiscutible durante la segunda guerra mundial por su oposición a Hitler.

La disidencia yugoslava fue provocada por la ruptura de Tito con Stalin en 1948, lo que supuso que Yugoslavia abandonara el comunismo internacional por el nacionalismo. Fue un caso único en ese momento que, más tarde, con la India de Nerhu y el Egipto de Nasser, la haría merecedora de la consideración de abanderada del neutralismo y la no-alineación. En adelante, cualquier idea sobre política, de un país de Europa del Este, diferente al estricto esquema comunista de Moscú, sería calificada de “desviacionismo” o “titoísmo”, que se convirtieron en sinónimos.

La ruptura fue interpretada erróneamente por las principales potencias occidentales y dio lugar a dos versiones contradictorias: por un lado se creyó que había una “conspiración comunista” que tenía por finalidad convencer a Occidente de que Tito ya no era comunista, para que le ayudara y confiara en él, desvelándole secretos que después él podría facilitar a la URSS⁴. Pero por otro, los países satélites de la URSS también desconfiaron de él y le llegaron a acusar de agente del Servicio Secreto Británico⁵. El embajador de EEUU en Belgrado, Cavendish Cannon, se manifestó dispuesto a ayudar a Tito si le invadían los soviéticos⁶. En cambio, el propio Foreign Office británico declaró el 2 de julio de 1948: “Tito puede estar provocando un cisma, pero es un comunista convencido” y desaconsejó a su gobierno y a los EEUU intervención alguna, creyendo que todo era una maniobra para integrar mejor que antes a Yugoslavia al redil estalinista.

Algunos autores pusieron el acento sobre las causas de las discrepancias en el desacuerdo de Tito con el líder del Kremlin por las purgas efectuadas en la década de 1930, en el rechazo de Yugoslavia a la celebración del Pacto ruso-germánico en 1939, en el papel que se atribuyó al partido comunista en el aparato del estado y, sobre todo, en la oposición a las colectivizaciones forzosas agrarias. Por todo ello, Tito empezó a proclamar la necesidad de unas “vías nacionales al socialismo”, sin intención, inicialmente, de romper con la URSS, sino de hacerse entender por los dirigentes soviéticos. Todos estos puntos de vista los explicitó a Stalin en una intensa relación epistolar, pero finalmente este último le dio a elegir entre retractarse o ser expulsado del Kominform y Tito eligió lo segundo⁷.

Otros autores consideran que Tito era un perfecto estalinista y que la causa principal de la ruptura había sido el inicial apoyo prestado a los comunistas griegos en su guerra civil, pues Stalin lo interpretó como un deseo de convertirse en una potencia balcánica⁸. Sólo por causa de su ruptura con la URSS, que le privó de toda ayuda, tuvo que adoptar una política que mereciera el apoyo occidental. Sin embargo, su correligionario Djilas -después encarcelado por él, rival político y nunca sospechoso de pretender defenderle- sostuvo que esa iniciativa de ayudar a Grecia respondía a una vieja idea socialista de constituir una confederación balcánica y no significaba en absoluto que Tito deseara crear una potencia balcánica. Más tarde, el hecho de que Tito dejara de prestar ayuda a los comunistas griegos -probablemente porque ya no le era posible económicamente- y a intervenir en Corea, le dio mayor credibilidad y alentó a los norteamericanos a enviarle ayuda militar, según dijeron, “por miedo a que sufriera una invasión de la URSS”. El tiempo demostraría la inconsistencia de ese argumento, dada la indiferencia que EE.UU. mostró cuando el rechazo soviético fue evidente y destructivo tanto en Hungría como en Checoslovaquia, sin que la potencia occidental hiciera nada para impedirlo e, incluso, lo facilitara⁹. La verdadera razón era atraerse a un país que podía estar “confuso”, según ellos, y quizá era proclive a ser captado para el Bloque Occidental. La ayuda se logró de forma clara desde 1951, lo que fue facilitado porque no tenía frontera con la URSS, pues nunca se hubiera podido comportar así, por ejemplo, Polonia por temor a una fácil invasión.

En definitiva, el origen de la disidencia yugoslava fue un enfrentamiento de dos mandatarios, Tito y Stalin, y no un levantamiento popular ni la manifestación ciudadana de un descontento. La propia idea de las “vías nacionales al socialismo” era tributaria de una concepción particular de Tito y no de una demanda social.

b) Polonia

En Polonia, sin embargo, surgió el primero de los movimientos de contestación promovido por las declaraciones de Jrushchov en 1956 en el XX Congreso del PCUS, donde se emitió el Informe Secreto que sacaría a la luz los crímenes de Stalin y manifestaría el acuerdo con las “vías nacionales al socialismo” que tiempo atrás Tito había proclamado.

Éste fue uno de los países en que se cumplía el esquema de partido comunista dividido internamente y de una fuerte protesta social. Existía un sector reformista del partido, el *pulawianie*, que había emprendido la elaboración de un programa de reformas sociales y había sido secundado de inmediato por la juventud y los intelectuales. A su lado, como en el resto de los países del área, otro grupo, el *natolinczy*, apoyaba sin discusión los métodos de Moscú y fue el que requirió su ayuda cuando los anteriores tomaron las calles manifestándose en pro de sus peticiones.

Las protestas comenzaron en el sector industrial de los obreros de los astilleros de Poznan (Posen) el 28 de junio de 1956 donde, por causa de los bajos salarios y la precariedad de la vida en general, se adoptó como lema el de “pan y trabajo”. Los obreros salieron a la calle y algunos intentaron incendiar la sede del partido, que estaba ocupada por estalinistas. La revuelta se extendió muy poco después a la población en general con proclamas patrióticas y antigubernamentales y los sublevados llegaron a la cárcel, liberaron presos, robaron armas y fueron reprimidos por los tanques que les causaron casi un centenar de muertos y cerca de un millar de heridos. Sufrieron una fuerte represión, pero también el gobierno les dio en parte la razón al despedir a los Ministros de Industria Motriz e Ingeniería y devolver impuestos que admitió que se habían cobrado injustamente.

Una segunda fase tuvo lugar en el octubre siguiente. El día 19 se reunió en sesión plenaria

el Comité Central del Partido esperando la llegada a Varsovia de Jhrushchov, Mikoyán, Kaganóvic y Mólotov. La presencia de Jhrushchov y Mólotov en esa delegación, símbolos del “blando” y el “duro” con respecto al tema de las “vías nacionales”, era indicativa de la importancia que se había dado en el Kremlin al tema polaco, pues creían que debían estar presentes todas las tendencias del PCUS para tomar la decisión final. La delegación rusa había ido a Polonia por temor a que las autoridades polacas adoptaran medidas desestalinizadoras con demasiada rapidez, que podrían poner en aprietos al mariscal Rokosowski -prosoviético fiel, pese a su origen polaco- y jefe del ejército en Polonia. En la concepción rusa, mientras estuviera en su puesto Rokosowski, no habría motivos de preocupación, pero sí comenzarían en cuanto aquel tuviera una posición débil. Fue lo que ocurrió el día 21 en que tuvo que abandonar el Presidium muy poco antes de que fuera desplazado también el Presidente Ochab a favor de Gomulka, que fue recibido con alborozo y comenzó a proyectar una revisión profunda del sistema político que encontró una adhesión popular sin precedentes.

La revuelta polaca fue la que impulsó a los estudiantes húngaros que se sentían deudores de la decimonónica ayuda del patriota polaco Bem, ya en 1848, y proyectaron una manifestación para apoyar a sus hermanos polacos. Después, sin embargo, estallaría la insurrección en toda Hungría con una intensidad y consecuencias inesperadas, mientras Polonia frenó sus posiciones ante la magnitud que cobró el levantamiento en el país vecino.

Aunque algunas versiones afirman que el movimiento polaco tuvo una moderación que no tuvo el húngaro, son desmentidas por Istvan Bibó que sostiene que “los movimientos húngaro y polaco fueron interdependientes; que había entre ellos una alianza implícita y que ambos contemplaban como modelo a Yugoslavia”¹⁰. La mayoría de opiniones coinciden en que Polonia se libró de una tragedia muy probable por haber tenido lugar antes la tragedia húngara. Pero fue el estupor de los acontecimientos húngaros lo que hizo a Polonia detenerse donde se detuvo y, en ese sentido, Hungría salvó a Polonia de un baño de sangre¹¹. La simultaneidad con el levantamiento húngaro procuraría a Polonia un cambio de rumbo y las autoridades pronto llegarían a un acuerdo con Moscú, como veremos más

adelante cuando tratemos las consecuencias del proceso. Poco a poco, los conservadores del partido lograrían que los dirigentes del “octubre polaco” reanudaran gradualmente los métodos administrativos, de coacción y de represión¹².

c) Hungría

La revolución húngara de 1956 fue la más radical disidencia que se dio en el bloque del Este frente a la URSS hasta la década de 1980 en que el sistema se hizo insostenible y se pondría fin al *socialismo real*.

En Hungría existía un intenso malestar social por la dureza permanente de la vida cotidiana, tras la imposición del modelo soviético en 1949. Por haber sido en la guerra aliada de Alemania, los húngaros tuvieron que pagar a la URSS cuantiosas reparaciones y habían perdido en los años de la contienda, entre muertes y expulsiones, cerca de un millón y medio de habitantes. Incluso, el nuevo régimen de Máthyás Rákosi provocó lamentables traslados de población de la agricultura a la industria y al sector minero, sin tener ni condiciones, ni conocimientos, ni infraestructuras preparadas. Los resultados, como era de esperar, fueron pésimos, y pese a que las colectivizaciones forzosas agrarias eran un fracaso y el 63% de la producción procedía de las escasas tierras campesinas privadas -sólo el 10% de la tierra cultivable- prosiguieron con ellas ignorando la rentabilidad nula. En Hungría había hambre y se temía una “revolución de las horcas”, en alusión al conocido apero de labranza. Si a eso añadimos una altísima inflación creciente desde los años de guerra y una campaña de “rusificación” sin precedentes en el sistema educativo y en la vida cotidiana en general, la conclusión fácilmente extraíble es que el sistema estaba al borde del colapso y era de total sumisión hacia la URSS.

Hasta en Moscú se conocían las serias dificultades de supervivencia de Hungría y en 1953, el Kremlin consideró necesario nombrar Primer ministro a un hombre del partido, pero de talante muy distinto, Imre Nagy, ya conocido por su participación en la reforma agraria posterior a la guerra, bien considerado, y que podía contrarrestar la política de Rákosi. Ostentó el cargo de 1953 a 1955 y presentó muy pronto un programa que pretendía frenar las colectivizaciones forzosas en el campo, lo que motivó que fuera acusado de desviacionismo y fue reemplazado, primero por el estalinista Hegedüs y, después por Gerö, ambos fieles a

Moscú. Pero en 1956, después de las declaraciones del XX Congreso del PCUS, los círculos intelectuales húngaros creyeron que las cosas podían cambiar: lograron la rehabilitación de un notable proscrito, Laszlo Raj, que en 1949 había sido acusado de “complot contra el Estado”, condenado a muerte y ejecutado y el gobierno tuvo que hacerle un funeral conmemorativo que se convirtió en una monumental manifestación popular y fue una clara expresión de rechazo al régimen el 6 de octubre. En él se reclamó la vuelta de Imre Nagy, al que el Partido volvió a readmitir el día 14. Finalmente, en un estallido espontáneo que partió de una manifestación estudiantil el 23 de octubre, se unieron todas las voces disidentes y Hungría entera se reveló y se lanzó a las calles en sólo dos días. Y no cesó hasta que fue frenada por la invasión soviética. La revolución había comenzado.

d) Checoslovaquia

Aunque en Checoslovaquia los dirigentes no se dieron por enterados del cambio de rumbo de 1956, años más tarde, en 1968, se plantearía la última de las disidencias anterior a la llegada de Gorbachov.

En 1948 se había establecido el nuevo régimen bajo las mismas rígidas premisas económicas de todo el bloque. La fecha de 1948 no fue azarosa, ya que la ruptura de Moscú con Tito en ese mismo año favoreció las suspicacias, pese a que la imposición del “modelo soviético” en Checoslovaquia tuvo el agravante de su gratuidad. No tenía sentido porque era el único entre los países del bloque del Este que, desde el Período de Entreguerras tenía unos antecedentes democráticos, entre cuyas características más apreciables destacaban la existencia durante décadas de un movimiento obrero de implantación legal que incluso se había salvado en 1938 cuando el fascismo había triunfado en casi todo el resto del área y la existencia de un partido comunista que gozaba de gran aceptación, que había sido el más masivo del Este europeo y el único que en 1946 había salido limpiamente triunfador en las elecciones. En cualquier caso, la ruptura de Tito con Stalin en 1948 repercutió tan duramente en todo el bloque que el primer gobierno comunista checoslovaco de Gottwald adoptó al pie de la letra las consignas de Moscú y llevó a cabo purgas despiadadas entre 1952 y 1953 que fueron incluso racistas, pues en muchos casos estuvieron dirigidas contra judíos y eslovacos,

además de contra la Iglesia. A su muerte, en 1953, fue sustituido por Novotny, que al llegar al poder anunció una amnistía, prometió revisar las “purgas” de su antecesor y puso en libertad a los Obispos encarcelados. Sin embargo, en el momento en que se celebró el XX Congreso, en 1956 y se difundió la posibilidad de las “vías nacionales al socialismo”, Novotny, no sólo las rechazó, sino que se puso en contra de los levantamientos de Polonia y de Hungría. Se consagró como “campeón en la lucha contra el revisionismo” en el que llegó a incluir hasta la crítica a los terribles procesos de Gottwald. Unos años después, la Constitución de 1960 calificó a Checoslovaquia de Estado Socialista Acabado: se priorizó la industria pesada, aún cuando en 1948 Checoslovaquia ya era un país primordialmente industrial con una industria ligera muy desarrollada y donde era obvio que no se necesitaba “la aceleración de las fuerzas productivas”, sostenida por Lenin y Stalin. Se nacionalizaron cerca de 8.000 pequeñas empresas y se colectivizó toda la agricultura. Cuando en 1961 Jhrustchov levanta el muro de Berlín, le perjudicó especialmente a Checoslovaquia porque en el entramado del CAME era la encargada de la fabricación de bienes de equipo, para lo que se surtía de suministros de Europa Occidental, que desde ese momento no podían llegar con la misma facilidad. Fue el inicio de su estancamiento económico y de la reacción del sector crítico del partido comunista, que pronto emprendería el camino hacia la “Primavera de Praga”.

3.2. Las realizaciones prácticas de los disidentes

En orden a una exposición lo más didáctica posible, dada la cantidad de aspectos susceptibles de ser comparados, denominamos “realizaciones prácticas” de los disidentes a las decisiones de poner en marcha tanto *socialismos nacionales* propios, que en ocasiones pudieran ser duraderos -caso de Yugoslavia o Polonia-, como otros que sólo pudieron estrenarse por muy escaso tiempo mientras no fueron interrumpidos bruscamente por la URSS. Unos y otros muestran cuáles fueron los planteamientos que dichos países y sus gobiernos estuvieron dispuestos a emprender en el terreno político y en el económico.

a) Yugoslavia

El proceso yugoslavo fue diferente al resto de los que aquí expondremos porque Tito no había sido un gobernante impuesto por la URSS -

como ya se dijo anteriormente- sino aclamado por su prestigio personal de luchador frente a los nazis.

Políticamente, Tito se vio muy secundado por su población y elaboró un organigrama político-económico que se conoció como “el modelo yugoslavo”, que fue paradigmático para el resto de los países del Este durante toda la guerra fría. Reorganizó el país promoviendo una descentralización en seis repúblicas, con un parlamento en cada una de ellas y con un ejército también en cada una, aunque la cúpula militar estuviera en Belgrado. Incluso, desde 1974 -y pese a llevar a efecto represiones contra ciertos sectores croatas-, terminó asumiendo su especial idiosincrasia, además de la de otras zonas como Vojvodina y Kosovo, al Norte y Sur de Serbia, y concedió una especial autonomía a Croacia y a Kosovo y Vojvodina, dentro de Serbia.

La descentralización del ejército se hizo con la intención de proteger al país de una posible invasión soviética, dado que era mucho más fácil tener unidades de defensa en cada república, por si la URSS atacaba por vías diferentes a la de Belgrado. Fue una configuración preventiva que demostraba la desconfianza de Tito respecto a la política del Imperio y que fue consecuencia de su ruptura con Stalin. No obstante, el sistema político fue siempre una dictadura que nunca cuestionó el papel del partido comunista como dirigente de la sociedad, ni se planteó el pluripartidismo. Según A. Ridley, su desinterés por este extremo le evitó una evidente rivalidad con Djilas de la que, tal vez, habría quedado en desventaja¹³.

La política económica que le diferenció del bloque comunista y le dio credibilidad y simpatías en Occidente, constaba de unos puntos claves:

1. Se abandonó la colectivización agraria desde 1953 y no se cerraron a experimentar con explotaciones privadas.
2. Se introdujo la gestión obrera en la industria en 1950 y la ampliaron en 1961: Fueron creados Consejos Obreros con amplios poderes de gestión como lo fueron el derecho a asignar fondos de inversión y a decidir la distribución de beneficios.
3. Se descentralizó en aspectos muy importantes: se posibilitó la petición de créditos a bancos locales, en vez de centrales, y se suavizó el sistema de fijar precios desde el poder central.

4. En 1965 se le dio otro impulso a la mencionada descentralización y liberalización, que logró atraer fondos del FMI y de EEUU Así, el sector económico se fragmentó en miles de unidades autónomas¹⁴.

Todo esto influyó en la consideración falseada -o imprecisa cuando menos- que tuvieron de Yugoslavia los dos bloques: En el Occidental, el hecho de que EEUU ayudara a Tito y, quizá por ello, tomara la serie de medidas enunciadas que parecían iniciar una “tercera vía” entre capitalismo y socialismo, hizo que esa parte de Europa tuviera una concepción de la política Yugoslava como de algo especial, nuevo y hacia la que se mantuvieron expectantes.

Por su parte, el bloque Comunista, sufrió las consecuencias de la opción tomada por Tito. La URSS sancionó en adelante a aquellos países que pudieran verse tentados a seguir los pasos de Yugoslavia o que sintieran simpatías hacia sus novedades y se practicaron purgas de “titoístas” como se habían hecho de “trotskistas”, en los primeros tiempos de los bolcheviques.

b) Polonia

En Polonia, las dos grandes reivindicaciones o motivos serios de preocupación, que constituían sus razones para tratar de mejorar su situación sin enfrentarse con la URSS fueron debidas a su posición estratégico-geográfica y a la coyuntura del momento respecto de la posible reunificación alemana.

Al margen de las reformas cotidianas y socio-económicas que habían promovido en el país las revueltas de Poznan y la posterior ascensión al poder del reformista Gomulka, los mencionados temas eran cuestiones de pura supervivencia, más allá de cualquier otro deseo de reforma. El asunto de las fronteras era algo indefectiblemente presente en los políticos de cualquier signo, después de la segunda guerra mundial, pero en Polonia causaba una singular inquietud el desplazamiento hacia el Este que la URSS había protagonizado a su costa por lo que parte de las tierras más ricas de Polonia pasaron a pertenecer a Bielorrusia. Rusia había querido compensar ese corrimiento ampliando la frontera occidental polaca a costa de la RDA: la línea fronteriza Oder-Neisse. Ambas nuevas líneas fronterizas habían sido fruto de la imposición soviética a Polonia en los acuerdos posbélicos y marcaron de forma decisiva el desenlace de las discrepancias polaco-soviéticas.

La proximidad territorial entre Rusia y Polonia impidió continuamente a Polonia plantearse siquiera una posición de enfrentamiento, como había podido sostener, por ejemplo, Tito en Yugoslavia. Asimismo, ese frágil equilibrio de fronteras explicaba en gran parte el empeño soviético en la permanencia de sus tropas en territorio polaco y el mantenimiento de dos o tres guarniciones apostadas entre la RFA y Polonia, con el mismo propósito. Era el modo de seguir garantizando los territorios alemanes del Este a los que Rusia no iba a renunciar porque era su mejor carta en las negociaciones con Washington¹⁵.

El otro tema de conflicto era el referente a la reunificación alemana. Alemania Federal había dirigido a Moscú la propuesta de convocar elecciones en todo el territorio, pero Moscú contestó que estimaba que en plena revuelta polaca “no existían circunstancias propicias para la celebración de elecciones generales en toda Alemania”, además de que sugería que ese tema no lo tenía que tratar Adenauer con Moscú sino con Pankow¹⁶. La iniciativa respondía a la nula consideración como Estado soberano que Adenauer tenía de la RDA. Alemania Federal seguía llamando a la Alemania del Este “zona de ocupación soviética” y se la había tratado como a una colonia de la URSS. Sin embargo, involuntariamente, el propio Adenauer había acelerado la formalización del Estado alemán del Este al haber tomado dos decisiones cruciales para las relaciones entre bloques: su rápida integración entre los Aliados y su entrada oficial en la OTAN.

Por otra parte, Alemania Federal también había rechazado dos ofertas de Moscú para la unificación de ambas Alemanias, en 1952 y en 1955 y, aunque la primera se valoró en su momento sólo como propaganda soviética, la segunda, muerto ya Stalin, y con tantas luchas de poder en el Kremlin en estos años, posiblemente hubiera tenido visos de realidad futura. Esta segunda propuesta, que había sido hecha por Beria, según A. Heller y F. Feher, había sido la única opción contemplada por la URSS. Planteaba una “venta” de la RDA; es decir, una dejación por parte de Moscú de sus intereses en la RDA, a cambio de algo que no llegó a hacerse público. Era la propuesta de un acuerdo global entre ambas potencias, que, probablemente, ni llegó al Departamento de Estado americano porque antes debió ser abortada por desacuerdos internos en el propio Kremlin¹⁷.

En definitiva, el acuerdo al que se llegó relacionaba los dos temas anteriores: Rusia se mantendría a 80 Kms. de Varsovia y garantizaría a Polonia su frontera Oder-Neisse, pero, a cambio, Polonia se comprometía a oponerse a cualquier intento de reunificación de Alemania, si Bonn no aceptaba antes reconocer la soberanía plena de Alemania Oriental.

Si bien en Hungría había comenzado el levantamiento como un acto de solidaridad con los obreros polacos, lo que había motivado después la admiración por Gomulka había sido el apoyo unánime que le había prestado la cúpula polaca cuando Jrushchov voló a Varsovia para atajar lo que desde Moscú se había considerado un acto de rebeldía que, incluso, había movilizado a las tropas soviéticas¹⁸. Pero ese apoyo formidable se debió en gran parte a una coincidencia de puntos de vista muy pragmáticos entre los dirigentes polacos: la decisión del nuevo gobierno de no alterar los verdaderos cimientos del régimen, que Hungría removería, sin embargo, hasta sus bases más profundas. En Polonia no reivindicaron un pluripartidismo, no cuestionaron el papel del partido comunista como vanguardia de la sociedad y tampoco pusieron en duda la pertenencia al Pacto de Varsovia. Eran los capítulos sagrados, los pilares de la estructura soviética. El no tocar esas cuestiones alejó el peligro de un enfrentamiento entre Polonia y la URSS. Así, mientras en Hungría estallaba un movimiento popular irrefrenable de consecuencias dramáticas, en Polonia Jrushchov y Gomulka llegaron a acuerdos que abortaron la rebelión, ante la imposibilidad del PCUS de atender dos frentes abiertos simultáneamente -el polaco y el húngaro- y ante las especiales circunstancias polacas de vecindad geográfica con las URSS.

Si Polonia se hubiera negado a pactar, es muy posible que hubiera desencadenado una reacción en cadena en otros países, o al menos, en ciertos sectores de los partidos comunistas del resto de los países del bloque y la solidez del “Imperio” se hubiera tambaleado. Pero no se pudo comprobar porque Polonia pactó. La cúpula polaca pactó con la cúpula soviética, evito un derramamiento de sangre -a la vista de lo ocurrido en Hungría- y obtuvo importantes concesiones. El pacto polaco-soviético cambió el previsible destino de una Polonia sublevada.

Cuando en noviembre, se convocó en Moscú a una delegación gubernamental polaca, presidida

por Gomulka, para negociar con los dirigentes soviéticos, la delegación fue recibida por Voroshílov, Bulganin y Jrushchov y se suponía que se tratarían temas políticos, militares y económicos. Pero a los tres días, el 18 de noviembre, cuando terminó la reunión y se publicó un comunicado, la conclusión fue la permanencia de las tropas soviéticas en Polonia, aunque con condiciones y una amplia serie de acuerdos que configuraron el pacto polaco-soviético, que detallaremos más adelante, en las consecuencias.

c) Hungría

En Hungría, para entender el planteamiento político que sustentó la revolución, es imprescindible conocer el Proyecto de Constitución que se elaboró por el nuevo gobierno revolucionario en los pocos días en que creyeron haber triunfado y, para ello, las fuentes más directas son los escritos de Istvan Bibó y del propio Imre Nagy. Bibó había sido ministro sin cartera de Imre Nagy y uno de sus más fieles colaboradores. Fue el único que permaneció en el Parlamento húngaro cuando lo ocuparon las tropas soviéticas el 4 de noviembre e hizo una declaración proclamando la legitimidad del gobierno de Imre Nagy y de los objetivos que perseguían. Los textos del propio Nagy, tanto en sus *Memoranda* como en su obra más conocida, *On comunism*, completarían la visión política y más elaborada del pensamiento de sus dos teóricos principales.

Sintetizando todas esas valiosas aportaciones, hemos de concluir que del Proyecto de Constitución de Istvan Bibó se deduce la exigencia de un sistema político pluralista libre. A estos escritos de Bibó se añadirían algunas ideas fundamentales de los *Memoranda* de Imre Nagy, como las de reforzar las funciones de Parlamento y Gobierno. Esos principios no fueron más que el resultado de dar forma y legalidad a las numerosas listas de reivindicaciones que surgieron desde todos los rincones de la sociedad. El breve gobierno que representó fielmente a sus seguidores y que luchó realmente por ser trasmisor de lo que el pueblo húngaro en pie les demandaba, planteó que, frente al sistema político que defendía al partido comunista como partido único y vanguardia de la sociedad, los húngaros se decantaban claramente por el pluripartidismo.

Pero en Hungría hubo además un elemento realmente original y exclusivo de entre el resto

de los reformismos: el plantear la coexistencia de los elementos clásicos de intervención política -los partidos- junto a las creaciones que consideraban más antiautoritarias y autogestionarias -los consejos- que debían controlar a los diversos centros de poder oficial para que jamás pudiera repetirse la situación opresiva vivida bajo el régimen proestalinista de Mátyás Rákosi.

La creación de los "Consejos" y su papel en la organización social es del todo significativa en la práctica de las realizaciones húngaras. Los consejos obreros y de otros tipos, estudiados especialmente por B. Lomax, C. Castoriadis y H. Arendt, estuvieron presentes en todas las fábricas a las 48 horas del comienzo del movimiento y, cuando el día 31 de octubre se reunió en Budapest un "Parlamento de Consejos obreros", quedó meridianamente claro que lo que deseaban era un sistema de autogestión, inspirado sin duda en el yugoslavo, reflejo de la mencionada desconfianza en los poderes, fueran cuales fueran¹⁹. Pero no fueron los obreros los únicos Consejos que se crearon en Hungría, sino de otros muchos sectores sociales demostraron que deseaban una participación lo más directa posible en todos los ámbitos de la vida: hubo Consejos de vecindad, de escritores y artistas, de estudiantes, de militares y de funcionarios. Y algún otro tan original y significativo del momento en el que surgieron como el Consejo de "luchar juntos por las calles". Los Consejos fueron creaciones muy importantes desde el punto de vista de la búsqueda de una verdadera democracia y, entre los rasgos que estos autores han destacado de ellos, podemos comprobar esa preocupación porque el poder tuviera un control por parte de los ciudadanos: C. Castoriadis destaca el establecimiento de la autogestión y el rechazo del "taylorismo" en el trabajo. H. Arendt, subraya la importancia de que todo el mundo participara directamente en la toma de decisiones y de que, a través de los Consejos se desarrollara una verdadera actividad política.

En lo referente a la economía, los húngaros se apartaron rotundamente del esquema de prioridad de la industria pesada y de colectivización forzosa del campo planteado por la URSS. Propusieron la inmediata descolectivización del campo y un modelo de economía mixta para la industria: los grandes complejos estatales serían controlados por el Estado, junto a los consejos de trabajadores que les servirían de control y contrapeso, pero los pequeños negocios, tiendas y empresas

familiares podrían ser objeto de iniciativa privada. Fue un primer paso hacia una liberalización en todos los aspectos de la vida que, tal vez, hubiera desembocado en una temprana transición a la democracia y hubiera cambiado el futuro de Europa. Pero la URSS intervino rotundamente y el proceso fue drásticamente interrumpido.

Moscú, aún cuando había ido aceptando teóricamente las reformas de las que Nagy le había dado parte puntualmente, temió que Hungría fuera el comienzo de la desintegración del bloque comunista y en unos días respondió con la invasión de sus tanques. Desde el 25 de octubre estaban entrando subrepticamente fuerzas rusas en Budapest, pero la invasión final tuvo lugar el 4 de noviembre. La reacción de Nagy cuando se percató de la intención rusa y se sintió traicionado ha dado lugar a otro de los puntos polémicos acerca de este proceso: el de cuáles fueron las motivaciones de la salida del Pacto de Varsovia. En opinión del Ch. Gati, Nagy quedó inicialmente tan asombrado que planteó la medida más radical: la salida de Hungría del Pacto de Varsovia, creado sólo el año anterior, en 1955. Se separó de Moscú y pasó “de ser un incondicional de Moscú a ser un revolucionario húngaro”²⁰. F. Feher y A. Heller, sin embargo, consideraron que fue la decisión de Nagy de que Hungría fuera un país no alineado lo que precipitó la invasión de los tanques por declarar esa neutralidad justo en el momento en que la OTAN se había reforzado con la entrada de Alemania Occidental, que ya se había rearmado. En las Memorias del propio Jrushchov, el líder soviético justifica la invasión con la salida de Hungría del Pacto de Varsovia y dice que “no podía consentir el giro que estaban tomando los acontecimientos en Hungría”. Sus consecuencias fueron nefastas para el pueblo húngaro

d) Checoslovaquia

Checoslovaquia fue el último de los movimientos disidentes anterior a la década de 1980, pues, aunque no había reaccionado en 1956, desde 1960 la situación económica se había hecho insostenible y habían comenzado las movilizaciones por parte de la sociedad y las escisiones en el interior del Partido comunista checoslovaco, el PCCH. La sociedad se empezó a reagrupar reivindicando su derecho a constituir partidos de oposición, incluso “grupos sin partido” y asociaciones que querían ejercer una actividad social, como los Sokol (asociación

deportiva) o los Scout (asociación deportivo-religiosa), ambos muy críticos e inconformistas. En general, la sociedad checa apoyó masivamente los esfuerzos de los comunistas reformistas siempre que postularan una serie de reivindicaciones democráticas fundamentales como abolir la vigilancia policíaca, erradicar la censura, permitir la libertad de expresión, liberar a los sindicatos de su sumisión al partido y al Estado y fomentar la autonomía en fábricas y empresas.

Por lo que se refiere al interior del PCCH, y para superar el estancamiento económico, se iniciaron estudios por parte de Institutos y grupos de investigación vinculados al aparato y sus resultados corroboraron la necesidad de emprender métodos intensivos en la producción y de llevar a cabo “una revolución científica y técnica”. J. Hajek dice que se llegó a la conclusión de que para poner en práctica la “revolución científica y técnica”, había que emprender una reforma económica muy amplia y fomentar la participación de los ciudadanos. Según G. Golan, especialista en la crisis del comunismo checo en estos años, esto provocó que entre 1963 y 1968 los conservadores allegados a Novotny empezaran a reaccionar por miedo a los cambios y endurecieran sus posturas dando comienzo a una gran fractura en el seno del PCCH.

Esta serie de causas propiciaron una evolución en el PCCH que realizó un esfuerzo desconocido hasta el momento para “impulsar una revolución desde arriba, para que no se diera desde abajo”, como había ocurrido en Hungría. Estos intentos de reforma provenían del eco del XX Congreso del PCUS, pero, decían sus diseñadores, con una experiencia de 12 años y de una forma más madura.

La reforma se conocería como El Programa de Acción y el período en que se logró iniciar, la Primavera de Praga.

El Programa de Acción saldría de un proceso iniciado en una reunión del Comité Central del PCCH el 5 de mayo de 1967 en la que Novotny se vio en minoría y tuvo que dimitir, siendo sustituido por el líder del otro sector, Alexander Dubcek, elegido por unanimidad, aunque con esfuerzo, Primer Secretario del partido. A Dubcek se le atribuían cualidades morales y de liderazgo, como su honestidad, su capacidad para solucionar democráticamente las posiciones encontradas y su probado antiautoritarismo, lo

que le convirtió en el líder en el que las masas confiaron y, en efecto, las reivindicaciones que estaban en la calle las hizo suyas el PCCH.

Desde entonces comenzarían sus planteamientos de reforma que se conocieron como la *Primavera de Praga*, pese a que el proceso comenzó realmente en enero de 1968, con intensos debates en marzo y fue aprobado por el Comité Central el 5 de abril. En ese *Programa de Acción* se recogieron los cambios que el sector más avanzado del Partido Comunista quiso emprender y con los que Dubcek se propuso tanto satisfacer las demandas de la sociedad como responder a la urgencia de correctivos económicos que se precisaban para salir del estancamiento. Las cuestiones fundamentales contempladas en el Programa fueron:

1. La propiedad de los medios de producción seguiría siendo colectiva y los medios de producción seguirían siendo estatales.
2. Se emprenderían sistemas autogestionarios de empresas y mayor competitividad. Buscaban lo que denominaron una "economía socialista de mercado": esto significaba que el Estado sólo intervendría -o se inmiscuiría- en los sectores más débiles o donde no hubiera rentabilidad sin su apoyo.
3. Se reconocerían los sindicatos y el derecho a huelga.
4. Se acordó que el PCCH siguiera siendo el partido dirigente de la sociedad. Sólo se dio algún protagonismo a los antiguos miembros "liberales" del Frente Nacional, pero nunca se diseñó un verdadero pluripartidismo.
5. Se democratizaba por dentro el funcionamiento del partido comunista, mediante elecciones secretas para cada escalafón o cargo jerárquico.
6. Se marcaba una política Federalista, para solucionar viejos problemas con los eslovacos y otras minorías.
7. Se declaraban aceptadas las libertades formales de expresión, asociación, investigación, artísticas y religiosas.
8. Se declaraba el mantenimiento de la pertenencia al Pacto de Varsovia.

Por lo tanto, aspectos claves, nucleares del esquema comunista, no se cuestionaron: ni la nacionalización de los medios de producción y dirección planificada de la economía, ni la integración en el Pacto de Varsovia y el CAME, ni el papel dirigente del Partido Comunista en la sociedad. No obstante, los dos aspectos quizá

más originales del Programa de Acción fueron la reforma económica y la actitud en política exterior.

Por lo que atañe a la Reforma Económica, Según la obra de Ota Sik, el responsable de las reformas económicas en la primavera de Praga y de su colaborador, J. Kosta, aún cuando hemos señalado que en las reformas de Praga no se cuestionó ni la nacionalización de los medios de producción ni su dirección planificada, es imprescindible explicar con mayor detenimiento cómo fue esa dirección planificada y cómo fue el concepto checo de "nacionalización", los puntos más destacados de esa reforma²¹.

a) Los medios de producción fueron nacionalizados, pero de verdad "socializados" - en el auténtico sentido que le dieron los teóricos del socialismo en el siglo XIX- porque habían incrementado de forma muy notable la participación de sus integrantes con el objetivo de que la propiedad fuera colectiva y no estatal.

Este propósito lo materializaron creando los *Consejos de Productores* que, para garantizar un funcionamiento democrático en su seno, incluían, no sólo a trabajadores, sino a representantes de los consumidores, de asociaciones de vecinos y de entidades científicas.

b) El sistema de Planificación Centralizada, se diferenciaba del soviético en varios puntos: los objetivos, que en lugar de ser expresados en índices cuantitativos y detallados, se planificaba mediante índices representativos de macroeconomía a largo plazo; la planificación que no era de obligado cumplimiento en ningún caso, sino meramente orientativa y la retribución obrera tampoco se planificaba desde el centro: se planteó que cobrara "cada uno según su servicio de trabajo", es decir, según su cualificación profesional, preparación y rendimiento, con sueldos que se componían en un 85 a 90% del sueldo base, a los que se podía añadir entre un 10 y un 1% por premios en el rendimiento y este plus era absolutamente al margen de si había habido o no beneficios en la empresa. Esta fue una diferencia importante con el sistema yugoslavo, donde los sueldos y sus incrementos o descensos los marcaba el beneficio o mala época de las empresas, a diferencia de Yugoslavia en donde dependía totalmente del mercado. Sin embargo, pese a ello, cualquier novedad era calificada de "titoísta".

La "privatización", según el trabajo sobre autogestión y estalinismo en la Primavera de Praga de H. Da Cruz, sólo se inició de forma muy tímida y nunca en las antiguas empresas estatales, comunales o cooperativas, sino únicamente en negocios familiares. También se permitía la creación de pequeñas empresas privadas por necesidades de la demanda siempre que el propietario no tuviera asalariados y que se sometiera a la supervisión de Comités de la localidad²².

3.3. Las consecuencias de los movimientos de disidencia

Las consecuencias marcaron también significativas diferencias entre las iniciativas disidentes y los planteamientos de nuevos socialismos nacionales.

En Yugoslavia:

La separación de Yugoslavia de la URSS trajo consigo el cese de cualquier ayuda económica, precisamente en los inicios de la posguerra, y, ante esta situación, y en pleno contexto de la política de bloques, el vacío dejado por la URSS, inmediatamente fue cubierto por EEUU, que le enviaría ayudas sistemáticamente desde 1951 hasta 1981, año de la muerte de Tito. En el momento de la ruptura, sin embargo, la opinión de los EEUU fue determinante para la decisión occidental de no intervenir en absoluto en el enfrentamiento Belgrado-Moscú. Ya desde estos primeros momentos se comprobaría que no había nada más importante para las dos grandes potencias que respetar el "espíritu de Yalta", entronizar los "Bloques". La política de Truman de "contención del comunismo" no fue suficiente razón para dar comienzo de inmediato a una ayuda a Yugoslavia e, incluso, casi un año después, en los EEUU se seguía dudando de si todo el enfrentamiento Rusia-Yugoslavia era sólo una maniobra para conseguir ayuda occidental. Más tarde, el hecho de que Tito renunciara a continuar apoyando a los comunistas griegos y tampoco participara en la Guerra de Corea, le dio mayor credibilidad y alentó a los norteamericanos a enviarle ayuda militar, según dijeron, "porque Yugoslavia podía sufrir una invasión soviética"²³. La supervivencia de Tito en todos estos años se debió a otra serie bien distinta de factores:

1. Había vivido en Yugoslavia y en Europa y se distinguía de otros líderes comunistas que habían vivido más tiempo en la URSS que en

sus países natales. Era crítico y tenaz y Jhrustchov lo prefirió de su lado -aunque fuera con un sistema muy particular- que en contra.

2. Su posición como líder combatiente contra italianos y alemanes durante la Segunda Guerra Mundial y el haber ganado las elecciones sin manipulaciones, le daba un prestigio en su país que hacía temer a la URSS un levantamiento a su favor si desde allí le destituían o invadían el país.

3. El haber contado con ayuda occidental, que consiguió de una forma clara desde 1951.

4. El hecho de que no tuviera frontera con la URSS (nunca se hubiera podido comportar así, por ejemplo, Polonia por temor a una fácil invasión) y de la posibilidad indudable de haber recibido una pronta ayuda norteamericana, incluso militar.

Desde que en 1955, Jhrushchov había querido atraerse de nuevo a Yugoslavia. Realizó un viaje a Belgrado que equivalió a la confesión de un error por la ruptura de 1948 y se produjo la reconciliación. Pero, cuando, tras el XX Congreso del PCUS, el mundo podía interpretar que, de verdad, desde ahora la URSS admitiría las "vías nacionales" al socialismo, el desengaño vendría inmediatamente con la represión de la revolución húngara, que buscaba precisamente su propia vía al socialismo. Y lo que fue más inesperado: Tito también condenó la revolución y se colocó al lado de la URSS. Se ha planteado con frecuencia ese hecho de la condena titoísta como una contradicción, pero no lo era para Tito. El tenía claro que su situación era de pertenencia al Bloque del Este, aún cuando hubiera logrado una posición excepcional, producto de su habilidad, con Occidente, y no quería de ningún modo romper otra vez con Moscú. Su valoración de la relación que mantenía con Jhrustchov le compensaba de la sorpresa y el sentimiento de traición que provocó en los húngaros sublevados y que veremos seguidamente²⁴.

En Polonia:

Muy diferente del resto de sus coetáneos, la consecuencia general del levantamiento polaco fue la firma de los pactos polaco-soviéticos. Estos pactos dieron cuenta de los temores de Polonia, pero también de los temores del Kremlin. Si la URSS no hubiera tenido que enfrentar dos revoluciones simultáneas, ni acudir, además, en socorro de sus aliados en el ataque anglo-francés a Suez, es muy posible que no hubiera estado tan dispuesta a pactar. Pero

cuando el 23 de octubre tuvo lugar en Budapest la manifestación que abrió la crisis húngara y esa misma noche hubo una masacre frente al edificio de la radio nacional de la capital, Moscú necesitó ganarse a Polonia y no tener que dividir sus fuerzas. Desde el 23 de octubre, Polonia se salvó porque se había sublevado también Hungría. Todo el interés de la URSS desde ese momento fue pactar. Ya sólo se hablaba de negociación.

Si bien el contenido de los pactos fue muy denso y abarcó múltiples aspectos, es imprescindible destacar dos al menos: el referido al tema fronterizo y el económico-social. Asimismo, en los asuntos económico-sociales, se dieron algunos de los mayores logros: se consiguió casi terminar con la odiada colectivización forzosa que se redujo en un 75%. En cuanto los campesinos oyeron a Gomulka criticar el sistema y sus pobres rendimientos, empezaron a disolver kolkhozes y a repartirse tierras y ganados. De las 10.000 cooperativas que habían existido, a los seis meses quedaba menos de la cuarta parte.

Por lo que se refiere a las relaciones laborales, se volvieron a aceptar los sindicatos en los términos de antes de la guerra, con un rechazo del modelo soviético y, aunque se reconocía al Partido la dirección ideológica y política, se suprimieron todas las formas de intervención del Partido en los sindicatos. En síntesis, las principales mediadas a este respecto fueron: una aceptable descentralización económica; el abandono de las colectivizaciones forzosas en el campo, acompañado de ayudas individuales a campesinos y artesanos; desarrollo de las industrias de consumo; mejoras en la situación laboral de las minas; mayor independencia de los sindicatos y mayor representatividad del Parlamento²⁵. El día 21 de octubre Gomulka pronunció un discurso en el que manifestó con toda claridad que tenía la intención de acelerar la liberalización del régimen y de tener un espíritu de mayor independencia para con el exterior. Los telegramas de adhesión empezaron a llegar de forma ininterrumpida, incluso reclamando sanciones para los antiguos dirigentes. Una muestra simbólica del resurgir del sentimiento nacional se dio en el rápido acuerdo del Consejo Municipal de Stalingrado para darle a la ciudad su antiguo nombre de Katowice. La coincidencia de las revoluciones húngara y polaca es evidente que imprimió a ambas algunas similitudes pero también tuvieron significativas diferencias dignas comentar

brevemente: Mientras que en Polonia fueron grandes masas de trabajadores las que se manifestaron contra el gobierno pro-soviético de su país que iban armados hasta con ametralladoras, en Hungría fueron jóvenes inexpertos, casi niños, los que lucharon en las calles con algunas armas robadas y con muchas otras de fabricación casera. Mientras en Hungría, como en Alemania del Este, se podía contar con alguna posible huída a la zona occidental, pero en Polonia no había posibilidad de escape. Los que tuvieran que exiliarse estarían atrapados por su límite natural con la URSS²⁶. Sin embargo, la diferencia más notable entre las revueltas húngara y polaca fue, sin lugar a dudas, el desenlace de ambas insurrecciones, pues, mientras en Hungría se llegó a creer que la victoria había llegado durante dos días, el 27 y 28 de octubre -aunque los tanques que ya habían comenzado a salir regresaron y terminó en una lamentable tragedia- en Polonia, en cambio, se detuvo enseguida la agresión y se pactó en las altas esferas sin intervención de la población civil. Lo que se había logrado en Hungría, aunque duró muy poco, lo habían arrancado los combatientes a los soviéticos. Lo que se obtuvo en Polonia fue el resultado de un pacto de cúpula a cúpula entre las autoridades.

En Hungría:

Cuando el 1 de noviembre empezó a ser evidente la entrada de las tropas soviéticas -aunque la invasión final fue el 4 de noviembre- Nagy se sintió traicionado, se separó de Moscú y "pasó de ser el incondicional de Moscú a ser un revolucionario húngaro"²⁷. Quedó inicialmente tan asombrado que planteó la medida más radical: la salida de Hungría del Pacto de Varsovia, creado sólo el año anterior, en 1955. Otros autores consideran, sin embargo, que fue la decisión de ser en el futuro un país no alineado lo que precipitó la invasión de los tanques por declarar esa neutralidad justo en el momento en que la OTAN se había reforzado con la entrada de Alemania Occidental, que ya se había rearmado²⁸.

Nagy, en una ingenua fe en Occidente, que repetía incansable que su cometido era el de valedor de las libertades, pidió ayuda a la ONU y confió durante casi todo el tiempo en que llegaría en ayuda del pueblo húngaro. Pero nada de eso ocurrió. Occidente no reaccionó, la ONU deliberó planteándose la cuestión incluso en cinco Asambleas²⁹, pero no llegó a actuar y en

Hungría, además de unos 200.000 huidos, y un número muy discutido de muertos, la represión posterior, bajo cuerda, continuó durante bastantes años más.

La falta de respuesta de la ONU no se puede entender sin estudiar el proceder y los intereses de EEUU que, desde los primeros días de la revolución, los posteriores al 23 de octubre, mantuvieron una actitud cauta y prudente. Según testimonio de J.H. Van Royen, Embajador holandés en Washington, Dulles era de la opinión de que el gobierno americano no creyó nunca que a los húngaros les pudiera salir bien su experimento, porque "la URSS no toleraría Estados poco amistosos como vecinos"³⁰. Además de esa desconfianza, el gobierno americano reconoció, desde el principio el "derecho" de la URSS sobre el Este de Europa. Era algo evidente que el principal interés de los EE.UU., dentro y fuera del conflicto húngaro, fue respetar las zonas de influencia decretadas en Yalta y, por si fuera poco, el tema húngaro dejó de tener interés cuando supieron que, aunque los húngaros habían proclamado su salida del Pacto de Varsovia, se declaraban neutrales y tampoco deseaban pertenecer a la OTAN³¹. Si hubiera importado realmente apoyar los valores democráticos y, por tanto, ayudar a los países que lucharan por esos valores, hubieran respondido a los llamamientos angustiosos de Nagy. En Hungría se estaba pidiendo oficialmente una intervención del Occidente "libre y democrático", pero se pasaron los días de la ocupación soviética creyendo que intervendría la ONU, mientras la represión, los encarcelamientos, las detenciones y las deportaciones se sucedían sin que nadie se opusiera. Por si fuera poco el problema húngaro pasó a segundo plano al producirse el ataque a Suez el 5 de noviembre de 1956, por parte de Francia e Inglaterra.

A los EEUU les interesaba de modo especial estar presentes en Próximo Oriente tanto por los intereses comerciales, como por neutralizar la intervención de la URSS, que tenía un acuerdo firmado con Nasser desde 1948. Nasser, además, significaba la referencia nacionalista y neutral de la zona y constituía un obstáculo muy importante en los planes estadounidenses de que las ex-colonias siguieran teniendo una relación dependiente con las metrópolis. Cuando tras la Segunda Guerra Mundial, Egipto quiso industrializarse y sin poder lograr que Gran Bretaña le ayudara en los estragos causados por la guerra, suscribió el acuerdo de colaboración

mutua con la URSS, fue inmediatamente condenado por el Departamento de Estado que hizo oídos sordos a sus demandas de ayuda³². Es sabido lo que influyó EEUU en la decisión del Banco Mundial de denegar la ayuda para la construcción de la presa de Assuan, cuya consecuencia fue la decisión de Nasser de nacionalizar el Canal y, por ese motivo, la subsiguiente invasión de Francia y Gran Bretaña con el acuerdo de Israel³³.

Por parte de la URSS, tampoco fue una casualidad la coincidencia de las fechas: según las Memorias del propio Krustchev, estudiadas por Ch. Gati³⁴, una de las razones que él mismo da de su decisión de atacar Hungría, y de hacerlo el día 4 de noviembre, fue que la intervención de Francia, Gran Bretaña e Israel en Suez importaría mucho más a Occidente que la intervención soviética. Es decir que, desgraciadamente para Gran Bretaña³⁵ y, más desde luego para Hungría, la alianza con Francia e Israel para bombardear Egipto ayudó realmente a tomar la decisión firme de intervenir y, por supuesto, la fecha. Jrushchov demostró conocer las prioridades de Occidente y actuó en consecuencia.

La conclusión general del pueblo húngaro, después de la dureza de la represión y de los resultados trágicos, fue que sus esfuerzos se habían estrellado contra un muro. Parece claro que los propios protagonistas de la insurrección se vieron sorprendidos por el movimiento de masas que tuvo lugar tanto en ciudades como en el campo. La tradición comunista había demostrado poca confianza en los movimientos de masas, no en vano primaba la teoría del liderazgo del Partido como vanguardia de la sociedad, y los líderes siempre miraban con cierta suspicacia los movimientos de masas que se podían "desviar" de la ortodoxa doctrina revolucionaria. Es esta quizá la mejor prueba de que ese levantamiento fue espontáneo, como han sostenido prácticamente todos los testigos y actores de los hechos, no pudo ser incitado. Lo grave en la experiencia de los levantamientos en Europa del Este hasta ese momento había sido que el poder vigente no podía tolerar ni siquiera los intentos reformistas y, por ello, se propiciaba que fuera a mucho más radical, incluso violenta a veces, la respuesta del pueblo en general.

Según Krasso, por esa necesidad apremiante de un cambio y de no haber intentado ningún paliativo a la durísima situación que se vivía con Rákosi, la revolución húngara fue el movimiento

de Europa del Este en el que se mostró clara y rotundamente lo que eran las aspiraciones de esa nación³⁶. Él sostiene que, pese al aplastamiento que llevó a cabo la URSS, la revolución húngara logró más resultados para Hungría que ningún otro movimiento en Europa Oriental. Su programa contó con las mejores reformas comunistas, a finales de ese octubre de 1956, y supusieron la proclamación de dos principios básicos y ciertamente radicales: colocar al pueblo antes que al partido y a Hungría antes que a los intereses extranjeros. Era una reforma socialista y nacionalista³⁷. Eran aspectos esenciales y cambios verdaderamente revolucionarios que no fueron posibles, pero que se enunciaron ya en ese momento y eso fue muy importante en la historia de la teoría política del comunismo, como se comprobaría con el paso del tiempo. Sea cual fuere la valoración que cada uno pueda hacer respecto al tipo de socialismo de que los húngaros quisieron dotarse, es evidente que no se trataba de una vuelta al capitalismo y que nunca fue una contrarrevolución.

A Imre Nagy le sucedió Janos Kádár, otro fiel a Moscú, durante cuyo gobierno se consumó la depuración de elementos de la oposición, pero Kádár, pese a todas las "purgas", no tuvo más remedio que criticar los métodos de Rákosi para poder gobernar en la nueva Hungría y, pese a que basó todo su afán de legitimarse en la búsqueda del éxito económico y sólo lo logró parcialmente, el país no volvería a ser como antes de 1956. Aunque el "Imperio Ruso" se salvó de la desintegración, habían pasado los días del gigante monolítico. Los satélites se hicieron más atrevidos y cuando a Ceaucescu se le permitió seguir una línea independiente en política exterior, mantener vínculos diplomáticos con Israel y hasta enviar atletas a las Olimpiadas de México, no eran logros de Rumania, sino de Hungría. Nagy, "ese hombre discreto y tenaz que con sus quevedos parecía más un profesor universitario que un líder revolucionario, no moriría, dos años después, en vano.

En 1958, con motivo de las ejecuciones de los principales líderes de la revolución de 1956 - Nagy, Maleter, Gimes y Szilagyi), el escándalo fue extensísimo, en todo el mundo apareció en la prensa y en los medios de comunicación y, por ese motivo, se dio una segunda etapa de sesiones en las Asambleas de la ONU. En una de ellas, el 8 de septiembre de 1958, España fue uno de los países que tuvo una actuación más entusiasta,

como era norma cuando le era posible aprovechar cualquier ocasión para atacar al comunismo. El Director General de Organismos Internacionales escribió al Director de Política Exterior de España informándole que el Ministro de Hungría, Marosy, había presentado una nota en nombre de la *Asamblea de Naciones Europeas Cautivas*, solicitando que la Delegación española en la próxima Asamblea General pidiera la inscripción de la situación de la Europa del Este y Central en el orden del día de dicha Asamblea. Ya se había incluido a petición de Australia, como indicó Cabot Lodge, llamándole inicialmente "agresión indirecta" de la URSS en Europa Oriental. Después las palabras serán mucho más duras. La Dirección General de Política Exterior de España contestó a Marosy que España estaba siempre dispuesta a apoyar los deseos de independencia de las Naciones Cautivas de la URSS y que ya había cursado las oportunas instrucciones a la Delegación de España³⁸.

Todavía se celebraron otras cuatro sesiones en la ONU, se condenaron con todo tipo de adjetivos los asesinatos de 1958, pero siguió siendo legítimo el Gobierno de Kádár, ahora apoyado por razones pragmáticas y con muchos atenuantes acerca de que la URSS había sido, sin duda, la responsable de las ejecuciones y no el gobierno de Hungría. La posición de la mayoría de los países occidentales fue muy indecisa respecto a la propuesta húngara de excluir de la ONU al nuevo gobierno y como resultado de esa postura y de las reticencias americanas, no se rechazaron las credenciales de los nuevos representantes y la Hungría de Kádár siguió finalmente en las Naciones Unidas.

Kádár mantuvo las tropas soviéticas en Hungría y sus represalias fueron de una intensidad poco conocida. En los primeros tres años hubo cientos de ejecuciones³⁹. Se calculan encarcelamientos de entre 20.000 y 40.000 personas e internamientos más o menos prolongados de unas 200.000. Se registró el número más elevado de ejecuciones "por delitos políticos" de mujeres en la Europa de la postguerra y algunos jóvenes fueron detenidos al cumplir los 18 años y enviados al patíbulo por actos de "resistencia armada" cuando tenían 15. En 1962, sorpresivamente, se dio una amnistía general, seis años después del aplastamiento de la revolución. Fue realmente muy temprana (hay que recordar que en toda la España franquista no ocurrió jamás y que en Grecia tardó 22 años), pero el control más absoluto estaba en marcha⁴⁰.

y cientos de personas fueron encarceladas en la década de 1970. Es decir, que Hungría siguió siendo un Estado policial, donde el ordenamiento jurídico dependía de los objetivos políticos y no al revés y donde se prohibía la investigación independiente de abogados. Los castigos que se imponían por delitos políticos, los decidían los órganos políticos, no los tribunales. Así venía ocurriendo desde años atrás cuando, recién inaugurado el Gobierno de Kádár, se llevó a cabo el procesamiento de Imre Nagy y sus más íntimos colaboradores: el Comité Central húngaro, acatando una orden directa de Krustchév, ordenó la condena y ejecuciones posteriores⁴¹.

Por lo que se refiere a la tan autoalabada "reforma política y económica" de Kádár, hubo algunos cambios que, aunque cosméticos, aliviaron a las gentes: el toque de queda desapareció; se pudo hablar libremente, aunque no escribir; se pudo disponer de productos cada vez más abundantes y eran la admiración de los rusos cuando les visitaban: a los pocos que se les permitía viajar, quedaban más impresionados y perplejos por la opulencia húngara, que los húngaros por Londres⁴². De hecho, por causa de las reformas que Kádár se vio obligado a emprender en Hungría, según algunos especialistas, "ningún otro país socialista experimentó un proceso semejante de descentralización y reforma económica, lo que explicaría su carácter pionero en 1989 en la transición política hacia la democracia"⁴³.

El otro lado de la moneda fue la evidencia de que el mundo denunció la brutalidad perpetrada en Hungría sólo en voz baja, lo quiso olvidar y huyó hacia adelante.

Se decepcionó a todo un pueblo, a la mitad de Europa que estaba observando el proceso como una posible salida a sus regímenes impuestos y dictatoriales, y hasta a los países no alineados que habían esperado una protesta firme de Occidente, que tanto se había erigido en abanderado de las libertades.

Pero sólo pudieron comprobar la debilidad y tibieza de esa posición. Finalmente, la autocomplacida ONU, que no supo reaccionar y que fue consciente, quizá por primera vez, de sus grandes presiones e inmensos límites. La revolución reforzó la Guerra Fría y el Orden Mundial basado en la política de Bloques y se perdió para siempre la oportunidad de un futuro diferente para Europa.

En Checoslovaquia:

Las consecuencias de la intervención soviética y del movimiento de la Primavera de Praga fueron amplias y trascendentes. Podemos sintetizarlas como sigue:

1. La URSS de Breznév, tras la experiencia checa, y la pasada húngara, sustituyó la doctrina todavía formalmente vigente de la legalidad de las "Vías nacionales al socialismo", acuñada por Krustchév, por la de la "Soberanía limitada": la URSS tendría en adelante derecho a intervenir, incluso con las armas, cuando considerara al socialismo en peligro. Los países de Europa del Este tendrían, por lo tanto, una soberanía limitada, sujeta a ese peligro.
2. Europa del Este comprobó con estupor y preocupación que las fuerzas del Pacto de Varsovia no se convocaban por la URSS para defenderse de Occidente, y como contrapeso a la OTAN, sino para reprimir y controlar a sus propios miembros.
3. Se confirmaba, una vez más, como en Budapest en 1956, que lo que importaba era mantener la Europa de Yalta. Que lo importante para capitalistas y comunistas era sólo el control de sus Zonas de Influencia. Hoy se conoce por la documentación existente al respecto que la CIA conoció al detalle los preparativos de la invasión de 1968, horarios exactos y lugares y, como en Hungría, a Occidente no le importó. No estaba en su Zona de influencia⁴⁴.
4. La depuración de intelectuales checos, además de provocar una masiva emigración, dio lugar a una proletarianización de intelectuales nunca vista anteriormente: centenares de profesores universitarios, investigadores, escritores, etc. pasaron a formar parte de "la clase obrera más cualificada del mundo".
5. La invasión provocó un rechazo de tal magnitud en Occidente, en los partidos comunistas occidentales que, a partir de 1969 dieron comienzo los contactos serios entre los partidos comunistas francés, italiano y español que sellarían sus acuerdos en 1976, declarando su oposición frontal al comunismo soviético y definiendo su "eurocomunismo".

Como es obvio, la "Primavera de Praga" o "revolución" checa no fue ni en los planteamientos de los líderes reformistas, ni en las reivindicaciones populares, como la de Hungría de 1956, que se había manifestado neutral respecto a los bloques y había renunciado a que el Partido Comunista fuera el dirigente de la sociedad, proclamando un

auténtico pluripartidismo, que no se le permitió. En Checoslovaquia sólo se intentó una, aunque entusiasta, tímida reforma: el PCCH consideró que el Frente Nacional, reformado por el Programa de Acción, era suficiente para dar cabida a diferentes puntos de vista y ni se mencionó el pluripartidismo. Se había aprendido la lección de Hungría: que la URSS jamás dejaría de intervenir si las dictaduras de los países comunistas se veían amenazadas, por lo que ni se cuestionaron el monopolio del partido comunista. También sabían los checos, después de Hungría, que las potencias occidentales no harían nada para disuadir a los soviéticos de intervenir, como así volvió a suceder. Lo que no imaginaba Dubcek era que, siendo tan comedida la reforma y sin rozar siquiera los dos dogmas - PCCH, dirigente de la sociedad y Pacto de Varsovia-, las tropas soviéticas intervendrían.

Observadores de muy diversa cualificación han emitido sus opiniones desde entonces respecto a la ocasión que perdió Dubcek de responder a la agresión y algunos opinaron que, ciertamente, ellos, en su lugar, hubieran respondido⁴⁵. Cuando las tropas del Pacto de Varsovia entraron, unos 200.000 soldados se desplegaron por Checoslovaquia y los checos se lanzaron a la calle y se declararon dispuestos a echar a los rusos, pero no hubo resistencia militar, como años atrás en Hungría. Los miembros de la Asamblea Nacional (Parlamento) resistieron en su sede en condiciones precarias y con el edificio rodeado por los tanques. Los militantes no pertenecientes a la Asamblea, adelantaron el XIV Congreso que Dubcek programaba para septiembre y celebraron sus reuniones en la clandestinidad, en una fábrica. Y allí se decidió que dos tercios corroborarían la voluntad popular de "vencer al invasor por cualquier medio", pero cuando llegó Dubcek, el día 27 de agosto, convenció a sus conciudadanos de no dar lugar a una masacre. La "pasividad" que se ha atribuido en ocasiones al pueblo checo en los hechos del 68 se debe, según muchos analistas políticos, a esa confianza: las masas y los militantes en que Dubcek hacía lo que le era posible y, además, no creían, después de lo ocurrido en 1956 en Hungría, en soluciones drásticas. Y Dubcek, que ya sabía cómo reaccionaría Occidente, su indiferencia y nula colaboración, tuvo desde el principio la determinación de no responder para evitar males mayores⁴⁶. Tras la invasión, no hubo encarcelamientos masivos y ejecuciones como en Hungría, sino una depuración sin precedentes de elementos del Partido, que se podían quedar

si se retractaban y delataban "a quienes les habían inducido a error". El análisis que se hizo de cuáles habían sido los sectores revolucionarios concluyó con la convicción de que correspondía a los elementos "revisionistas" del propio partido y a los intelectuales que les siguieron. El propio Husak, sucesor de Dubcek y "normalizador" de la situación, había sido vicepresidente de Dubcek en la Primavera, pero decidió "retractarse" y así fue el próximo Presidente. Expulsó del PCCH a unos 500.000 militantes, especialmente a intelectuales y, de entre ellos a historiadores: unos 300 fueron relevados de sus puestos y no se trataba de traslados a lugares diferentes, sino que se interrumpió su vida profesional.

El aplastamiento de la Primavera de Praga fue la manifestación más clara del profundo miedo de la URSS a que cualquier punto de vista discrepante del ortodoxo pudieran desencadenar una rebelión y, además, fuera seguida por el resto de los países del Bloque. Se quiso dar a entender de una vez por todas que no podía cambiar nada y que, como después expresaría Breznév, La soberanía de los países del Este de Europa estaba "limitada a las circunstancias en que no peligrara el socialismo". Y cuando el socialismo peligraba lo decidía la URSS.

La humillación sentida por el pueblo checo fue de magnitudes considerables porque tenían conciencia de no haberse saltado ninguna de las reglas del Bloque comunista y, hasta por realizar una interpretación, puramente doméstica, de la que no hicieron propaganda alguna, de cómo solucionar sus problemas, fueron atacados, vejados y destituidos de sus puestos de trabajo por un país del que, más que protección, les llegaba control y opresión. Los checos no se resignaron y, años después sobrevendría el nuevo movimiento "Charta 77", que fue un nuevo envite antes de la Perestroika.

Las disidencias de Europa del Este, vistas desde la actualidad, retrospectivamente, nos dan la verdadera dimensión del malestar que impuso en una serie de países un régimen que fue una interpretación perversa desde sus mismos orígenes de las ideas del socialismo, que se tradujo en "Estatismo" y que supuso un sufrimiento, aún no suficientemente evaluado, a millones de personas, bajo la esperanza de una utopía falseada desde sus inicios. En 1989, tras la caída del comunismo, se enterró por fin en una tumba digna –pues se desconocía su enterramiento- a Imre Nagy y sus colaboradores, a los que se les sustrajo, además de la vida, la

posibilidad de que Hungría hubiera ofrecido un giro importantísimo a toda Europa, ya en la década de 1950. En Checoslovaquia, y después de la "Revolución de Terciopelo", el 26 de agosto de 1992, Yeltsin visitó Praga y condenó públicamente la invasión de 1968.

NOTAS

¹ Para ampliar las cuestiones de carácter económico de esta etapa, se recomienda consultar Aldcroft, D., *Historia de la economía europea, 1914-1980*. Barcelona, Ed. Crítica, 1990.

² Como indica Carlos Taibo, Lenin quiso imponer al pie de la letra las tesis del Marx "maduro", pero nunca leyó al Marx "tardío", mucho menos determinista. Para ver con detalle estas argumentaciones, consultar en Taibo, C., *La Unión Soviética (1917-1991)*. Madrid, Síntesis, 1993; Taibo, C., "Las dos occidentalizaciones. La Europa central y oriental en el siglo XX", en R. Tamames (ed.), *Europa: proyecciones y percepciones históricas*. Salamanca, Universidad, 1997.

³ En esa forma de organización agraria habían visto los populistas del siglo XIX la forma en que la unidad agraria podía haber evolucionado hasta la revolución y no tomando a la industria, tan minoritaria, como vía para el cambio. Pero fue la tesis de la industrialización, la bolchevique, la que finalmente triunfó.

⁴ Cf. Ridley, J., *Tito*. Buenos Aires, Ed. Javier Vergara, 1997.

⁵ Cf. Claudín, F., *La crisis del movimiento comunista*. Madrid, Ed. Ruedo Ibérico, 1974; Auty, Ph., *Tito. A biography. Political leaders of the Twentieth Century*, London, 1974.

⁶ Cf. Auty, Ph., "Soviet troops were on the frontiers ready to act at the first sign of popular revolt", en *Tito. A biography. Political leaders of the Twentieth Century*. London, 1974.

⁷ Cf. Deutscher, T., "Voces de disidencia". *Zona Abierta*, 26.

⁸ Cf. Garí, X.; Gori, A., "Camino cruzados y ópticas distorsionadas: la ruptura de relaciones entre Tito y Stalin desde la perspectiva del régimen franquista y de la oposición comunista", *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, 28/29 (1999).

⁹ Cf. Viñas, A., *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos. Bases, ayuda económica, recortes de soberanía*. Madrid, El Arca de Papel, 1981; Ferrero Blanco, M.D., *La Revolución Húngara de 1956. El despertar democrático de Europa del Este*. Huelva, Universidad, 2002.

¹⁰ István Bibó fue ministro sin cartera del segundo gobierno de Imre Nagy y considerado uno de los intelectuales de izquierdas más importantes de Europa en la época. El dejó en sus escritos el fundamento teórico de lo que se pretendía con la revolución de Hungría y sus escritos son de consulta obligada para comprender la revolución húngara en la evolución del pensamiento político europeo.

¹¹ Cf. Ferenc, F.; Heller, A., *Análisis de la revolución húngara*. Barcelona, Ed. Hacer, 1983.

¹² Según G. Hajek, en *Praga, diez años después (1968-1978)*. Paris, Seuil, 1978, el gobierno polaco sucumbió al temor al ser atacado por dos frentes: de una parte, la gendarmería soviética que dio sus señales de no permitir esa serie de transformaciones que se empezaban a materializar en Polonia. Por otro, los elementos internos que presionaban en el sentido contrario, pero que lo que deseaban era una vuelta al capitalismo: la Iglesia Católica que presionaba fuertemente y los elementos nacionalistas de tradición antirrusa, que eran apoyados por el sector privado, que aún era muy amplio en 1956.

¹³ Cf. Ridley, J. *Tito...*, op. cit.

¹⁴ Estas posturas y victorias de Tito en su propia área, provocaron una admiración occidental que se magnificó en cierto modo y no se percibió que en las décadas de 1960 y 1970, a pesar de todo, Yugoslavia se mantenía unida por la existencia de una dictadura (que no tenía reparos en reprimir duramente brotes independentistas como los de 1967 a 1971 en Croacia y en 1974 en Kosovo) y tampoco que el "modelo económico" del titoísmo no hubiera sobrevivido sin las ayudas estadounidenses. Cuando en 1981 murió Tito y aquellas cesaron, todo el sistema se desmoronará. Con la crisis económica que se desencadenó cuando Yugoslavia dejó de ser una prioridad para los EE. UU. -a su vez en recesión económica-, la economía yugoslava dejó de crecer y se disparó la inflación. A todo ello se unió la aparición de Gorbachov y los vientos de la Perestroika que sacaron a la luz todos los descontentos terminaron con el entramado de cuarenta años en una década, la de 1980.

¹⁵ Cf. AMAEX, R-4465-86, "Informe Confidencial de José Sebastián de Erice". Despacho 476 de 18 de diciembre de 1956.

¹⁶ AMAEX, R-4465-85, Despacho 609 de Aguirre de 24 de octubre de 1956.

¹⁷ Cf. Héller, A.; Feher, F., *De Yalta a la "Glasnost"*. Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1992, 124-137.

¹⁸ Wladyslaw Gomulka había sido un comunista tradicional, secretario del partido hasta que en 1948 fue condenado por "desviaciones nacionalistas", lo que después se conocería en todo el área como "titoísmo". Fue liberado en 1955 y empezó a tener un gran prestigio entre medios populares e intelectuales. Cuando estaba en camino la nacionalización de la industria, en junio de 1956, se dieron importantes protestas en los astilleros de Poznan y el movimiento terminó con la destitución del estalinista Bierut y el nombramiento de Gomulka como Primer Secretario del Partido en octubre de 1956. Fue considerado la representación de la "vía polaca al socialismo", aunque más tarde, tras los hechos de Hungría, Gomulka rebajaría sus planteamientos. En cualquier caso ya no se volvió al estalinismo puro en Polonia: se logró que terminara la colectivización agraria forzosa y el 75% de las tierras pasó a manos privadas.

Además, se inició una convivencia -aunque difícil y tensa- con la Iglesia Católica.

¹⁹ Cf. Lomax, B., *Hungary, 1956*. London, Allison and Busby, 1976; en la “Samizdat” húngara titulada *Magyarország, 1956* (Budapest, 1979, reeditada por el “Magyar szabadsághereós vilaszovetseg” - Asociación Mundial de combatientes por la libertad de Hungría-, Calgary, Canadá, y en París por “Magyar Fuzetek” y Dialogues Européens); Castoriadis, C., “The hungarian source”, en *Telos*, 1976; Arendt, H., *On revolution*. New York, Viking Press, 1963.

²⁰ Cf. Gati, Ch., “Imre Nagy and Moscow, 1953-1956”. *Problems of communism*, XXXV-3 (1986).

²¹ Cf. Sik, O., *El sistema de gestión económica*. Madrid, Ed. Zero, 1969.

²² Cf. Da Cruz, H.: “Autogestión y stalinismo en la Primavera de Praga”, en VV.AA., *Autogestión y socialismo*. Madrid, Ed. Castellote, 1978.

²³ Cf. Viñas, A.: *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos. Bases, ayuda económica, recortes de soberanía*. El Arca de Papel, Madrid, 1981. En este texto se demuestra como la posición norteamericana creó, sin pensarlo, una rivalidad entre España y Yugoslavia, ya que España no había sido objeto del Plan Marshall y ahora lo era un país “comunista”. También es digno de comentar el argumento absolutamente falaz de que ayudaban económicamente para proteger a Yugoslavia de una posible “intervención soviética”, cuando más tarde, incluso desaparecido Stalin, no intervinieron en 1956 para ayudar a Hungría, ni lo harían en 1968 en Checoslovaquia. La verdadera razón era atraerse a su terreno a un país que ellos juzgaban confuso y capaz de decidirse por la economía de mercado.

²⁴ Tito siempre defendió su postura de no haber aceptado la revolución húngara y siempre mantuvo que su Presidente, Imre Nagy, “había sido desbordado por las masas” y lo que allí se estaba dando era una contrarrevolución”. La verdadera razón era que Tito no quería aceptar nada que se asimilara a otras opciones de la oposición yugoslava, como era la defensa del pluripartidismo por su oponente Djilas. Tito jamás consideró siquiera la posibilidad de que el Partido Comunista perdiera su poder monolítico. Cf. Ridley, J., *Tito...*, op. cit.

²⁵ Estas reivindicaciones son importantes, pero se trataba sólo de mejoras laborales, aunque se hable de forma general de representatividad del Parlamento. No cuestionaba ningún pilar básico de los incuestionables para la URSS. Cf. AMAEX, R-4465-85, Despacho 207, 22 de octubre de 1956.

²⁶ Cf. Despacho 381 de 6 de julio de 1956. Antonio María de Aguirre, embajador de España en Bonn, en un primer informe, dice que sólo han disparado al aire, pero aquí ya admite que han disparado a los obreros.

Ferenc Farkas, del Círculo Petofi; Bela Kovács, de los pequeños propietarios, Anna Kéthly, del socialdemócrata e Imre Nagy, del recién fundado Partido Obrero Socialista de Hungría (el MSZMP).

²⁷ Cf. Gati, Ch., “Imre Nagy...”, op. cit.

²⁸ Cf. Feher, F.; Heller, A., *De Yalta...*, op. cit. y las propias *Memorias* de Krustchév, en las que él sostiene que fue uno de los motivos por los que no podía consentir el giro de los acontecimientos en Hungría. Gati, Ch., “Imre Nagy...”, op. cit.

²⁹ Se incluyó en el orden del día la denominada “cuestión de Hungría” de la XII a la XVII Asambleas de la ONU, pero sólo sirvió para hacer declaraciones formales y para reafirmar el hecho de que nunca se interferiría en la política de bloques.

³⁰ Cf. Hellema, D., “Relevance and irrelevance of dutch anti-communism: the Netherlands and the hungarian revolution, 1956-1957”. *Journal of Contemporary History*, 30 (1995).

³¹ Cf. Feher, F. y Heller, A., *De Yalta...*, op. cit.

³² Cf. Chomski, N., “El gran premio de la historia”, en *El nuevo orden mundial (y el viejo)*. Barcelona, Ed. Crítica, 1996.

³³ Como es sabido, el asunto desembocó en la Segunda Guerra árabe-israelí.

³⁴ Cf. Gati, Ch., “Imre Nagy...”, op. cit. El explica que, para conocer las verdaderas y últimas razones que Krustchev tuvo para intervenir en Hungría, contamos con una fuente principal, sus *Memorias*, en las que Krustchév relata el encuentro celebrado el 2 de noviembre entre las delegaciones soviética y yugoslava. Cuando Krustchev y Malenkov realizaron el viaje secreto a la isla yugoslava de Brioni para entrevistarse con Tito, allí expuso, entre sus motivos para la futura intervención del día 4 de noviembre en Hungría, que el ataque de Francia, Gran Bretaña e Israel a Suez, programado para el día 5, distraería la atención del mundo respecto a la intervención soviética.

³⁵ Decimos “desgraciadamente” para Gran Bretaña porque el gobierno de Eden se negó a aceptar ninguna responsabilidad por haber atacado Suez precisamente en esa misma época, amén de la vergüenza que había supuesto el ataque a Suez en sí mismo. De entre los ministros del gobierno Eden, Mr. Anthony Nutting sostuvo que el ataque a Suez no tuvo influencia alguna en los hechos de Hungría y Lord Home declaró- sin revelar sus fuentes de información- que la decisión rusa de invadir Hungría fue tomada antes del ataque a Egipto. Al respecto, G. Mikes opina que “hasta los políticos de la mayor integridad son propensos a caer en el cebo del espejismo y el autoengaño”, pues era bastante duro para el gobiernovivir con la idea de que, además de ser responsables del desastre de Suez, tenían que añadir a la cuenta el drama de Hungría. Según G. Mikes, en las diatribas por las que estaba pasando Krustchev, la actitud de Eden habría sido su salvación, pues “por atacar Egipto, en connivencia con Israel (y mentir acerca de ello) salvó del desmoronamiento y disgregación al Imperio Ruso”.

³⁶ Gyorgy Krasso había sido sentenciado a 10 años de cárcel en 1957. El 12 de febrero de 1979 él fue el primer personaje que habló de los hechos de 1956 en un mitin público, calificando a lo que allí había ocurrido como una “revolución nacional democrática”. En 1981, en un apartamento privado

aprobó la conmemoración del 25 aniversario de la revolución de octubre. Su homenaje fue recogido en el libro de B. Lomax, *Hungría, 1956*. London, Allison and Busby, 1976; en la "Samizdat" húngara titulada *Magyarország, 1956* (Budapest, 1979, reeditada por el "Magyar szabadsághereós vilaszovetseg" -Asociación Mundial de combatientes por la libertad de Hungría-, Calgary, Canadá, y en París por "Magyar Fuzetek" y Dialogues Européens).

³⁷ Respecto a los rasgos que caracterizaron el proceso de los 13 días de octubre, según F. Feher y A. Heller, era una "revolución luxemburguista", aunque sus actores no le hubieran puesto nombre y la mayoría ni conocieran a Rosa Luxemburgo. Esos rasgos definitivos fueron sobre todo dos: la pérdida definitiva de la dictadura del Comité Central del partido, tal como R. Luxemburgo había predicho que ocurriría cuando se creó esa dictadura, y el hecho de haber sido un proceso antiautoritario, que se hizo a sí mismo y que generó instituciones.

³⁸ Cf. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. R-4.272-3 y 4, *La Cuestión de Hungría en la XI asamblea General de la ONU*.

³⁹ El 12 de mayo de 1989 se publicó en Budapest una lista del Ministerio de Justicia que señalaba a 277 ciudadanos condenados a muerte por los "tribunales" y ejecutados entre 1956 y 1961. Por otras fuentes se calculó que fueron unos 400, pero no solo la lista anterior estaba sesgada sino que no se mencionaba nada anterior a diciembre de 1956, cuando inmediatamente después de la invasión soviética del 4 de noviembre, circularon todo tipo de rumores de ejecuciones sumarísimas de insurgentes armados a manos de unidades especiales del KGB. Cit. en Heller, A.; Feher, F., *De Yalta...*, op. cit..

⁴⁰ Como señalan Heller y Feher, incluso hasta 1989, los interrogatorios policiales debían ser interrumpidos si se mencionaba un nombre de un miembro del Comité Central, en el curso de una confesión, ya que la dirección toma extraordinarias precauciones para proteger a sus cuadros de su propia policía política.

⁴¹ Comunicación personal del G. Marosan, entonces secretario del Comité Central a F. Feher, Cit. en Heller, A.; Feher, F., *De Yalta...*, op. cit.

⁴² Cf. Mikes, G., "Eden, Nagy y Kádár". *Contemporary Review*, 250 (1987). La estrategia kádárista fue una elevación lenta pero continuada de salarios reales, para evitar protestas, y el reconocimiento de la necesidad de ciertos bienes de consumo, aunque hubiera una deficiente atención a infraestructuras importantes.

⁴³ Cf. González Enríquez, C., *Crisis y cambio en Europa del Este. La transición húngara a la democracia*. Madrid, Ed. Centro de Investigaciones Sociológicas. S. XXI Editores, 1993.

⁴⁴ Cf. Heller, A.; Feher, F., *De Yalta...*, op. cit..

⁴⁵ Por ejemplo, Santiago Carrillo, Secretario General del PC español en la clandestinidad en ese tiempo, preguntado acerca de qué posición hubiera tomado si se hubiera encontrado en las circunstancias de Dubcek, contestó: "Yo hubiera respondido a la agresión". Cf. Solé, J. M., op. cit.

⁴⁶ Cf. Heller, A.; Feher, F., *De Yalta...*, op. cit.